

AFRICA ORIENTAL.—ESTACIÓN DE MOMBASA.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cyprien

CARTAS DE MISIONEROS

INCENDIOS Y ASESINATOS EN LA TURQUÍA ASIÁTICA

Para completar el triste cuadro de horrores de que ha sido teatro la Turquía asiática y víctimas los cristianos que en ella habitan, traducimos las siguientes cartas que acabamos de recibir. Todos los países católicos han contestado con caridad cristiana al llamamiento de las desventuradas víctimas del desenfrenado salvajismo turco. Que España una su óbolo al de los demás pueblos y sume su protesta, á la que contra tales horrores surge espontáneamente de todos los corazones civilizados.

III.—En Tarso

CARTA DEL RDO. P. JERÓNIMO, SUPERIOR DE LOS
CAPUCHINOS EN SIRIA

Tarso, 28 de Mayo de 1909.

Hoy renace la tranquilidad, pero la miseria aumenta. Durante los horrores de los primeros días nadie pensaba en ella; pero ahora ya cuida ella de hacerse sentir.

Los tres mil armenios refugiados en nuestro establecimiento y en la Misión protestante, han encontrado sus casas incendiadas; no tienen otra ropa que la que visten, ni otro pan para alimentarse que el que hace ya tres semanas les venimos dando.

Sin socorros extraordinarios, dentro pocos días no me será posible atender á tantos desgraciados. De nuevo, pues, imploro la caridad de los católicos.

Resumiré en breves líneas los sucesos que han afligido nuestra región.

Las primeras revueltas estallaron en Adana el miér-

coles 14 de Abril. La víspera, ó sea el martes, un armenio, viéndose insultado y maltratado por unos musulmanes, trabó lucha con ellos y mató dos. Al parecer este fué el pretexto para los asesinatos. Sin embargo, la verdadera causa parece haber sido el triunfo del viejo partido musulmán en Constantinopla.

Sea lo que fuere, de improviso, sin otro preliminar que la emoción causada por el doble asesinato en cuestión, el miércoles por la mañana estalló la lucha en Adana. Los armenios defendieron enérgicamente su distrito, mientras las mujeres y los niños se refugiaban en tropel en la casa Misión de los Jesuítas y en la de los protestantes.

Renacía el sosiego, cuando el domingo, 25 de Abril, se repitieron el tiroteo, los pillajes, incendios y demás atrocidades. Esta vez los estragos fueron aún más terribles. Sólo en Adana el número de víctimas excede de 3,000. En los pueblos vecinos han sido también muy numerosas. Pocos cristianos se han salvado de la matanza, y se comprende, pues no tenían lugar donde refugiarse.

En Tarso se iniciaron los desórdenes el jueves 15 de Abril. El P. Constancio, superior de la residencia, que cuenta dos Padres y un Hermano, mandó que sin pérdida de momento se refugiaran en ella las siete Hermanas de la Sagrada Familia, que dirigen la escuela de niñas. Los sacerdotes católico, armenio, griego, maronita y sirio acudieron también, y al propio tiempo nos

30 DE JUNIO DE 1909

llegaban de todas partes numerosos cristianos, católicos ó cismáticos. Los refugiados pasaban de 600; no podíamos admitir otros.

Primeramente creyóse que no pasaría de una falsa alarma. Pero al día siguiente, á las diez de la mañana, ó mejor á la llegada del tren de Adana, las cosas adquirieron súbitamente un aspecto muy grave.

Un grupo de bachi-buzucks, que habían llegado en el tren, se precipitaron como locos al asalto del polvorín, derribaron la puerta y se apoderaron de todos los fusiles y cartuchos almacenados. Al salir empezaron sus hazañas asesinando á cuantos armenios hallaban al paso.

El día anterior habíamos pedido soldados para la custodia de nuestros establecimientos. El Gobernador nos mandó tres. Vista la insuficiencia del número, el Padre Superior, acompañado de otro Religioso, se dirigió de nuevo al palacio del Gobernador, y á fuerza de instancias logró doce soldados más. Gracias á Dios, los misioneros salieron ilesos de las balas que silbaban por las calles en número no escaso.

Del distrito armenio no queda casa en pie. Excepto la iglesia armenio-cismática, que ha sido respetada por las llamas, aunque no por los saqueadores, lo demás queda convertido en un montón de humeantes ruínas.

Los armenios, al saber el avance de los asesinos, huyeron á los jardines que rodean su distrito. Allí perecieron más de ciento; los restantes (unos 3,000) lograron refugiarse parte en la Misión protestante y parte en nuestro establecimiento. En los pueblos de los alrededores de Tarso el número de víctimas excede de 600.

Los musulmanes habían organizado el pillaje. Primero saqueaban la casa, luego la rociaban con petróleo, y para remate la incendiaban. Incendiada una pasaban á la vecina, luego á otra, y así sucesivamente. Al cabo de unas horas, en el pueblo invadido no quedaba casa en pie.

Después de unos días de alarma continua renació la tranquilidad, sin que por esto nuestros refugiados se atrevieran á salir.

El 25 de Abril, al recibirse la noticia de nuevos asesinatos en Adana, la alarma cundió otra vez por todas partes. Afortunadamente el martes por la mañana, la noticia del destronamiento del Sultán nos infundió valor y esperanza.

En la actualidad reina la calma, pero no la confianza. Nos vemos precisados á buscar abrigo para los pobres cristianos refugiados en nuestro establecimiento; probablemente adoptaremos las tiendas de campaña. Sería difícil alojar por más tiempo tanta gente, pues tememos una epidemia engendrada por la aglomeración y la miseria. Hemos tenido ya algunas defunciones.

Mersina está fuera de peligro; pero la miseria espanta. Actualmente tenemos 350 refugiados de Adana sin recurso alguno. Su número aumenta cada día.

La Misión protestante de Tarso ha recibido ya importantes cantidades de Constantinopla y de Inglaterra. Servirán, es verdad, para socorrer á numerosos armenios, pero también para hacer protestantes.

Me permito, pues, insistir, implorando de nuevo la caridad de los generosos católicos, á fin de que poda-

mos socorrer á los millares de infortunados sin pan, vestido ni hogar, que alberga nuestro establecimiento.

IV.—En Alepo

CARTA DEL ILMO. SR. AGUSTÍN SAYEGH, ARZOBISPO
ARMENIO DE ALEPO

Alepo, 14 de Mayo de 1909.

Los terribles asesinatos de cristianos de que el 14 de Abril último fué teatro la provincia de Adana, han repercutido en esta provincia de Alepo.

Los Kurdos musulmanes del monte Tauro, sabedores de los asesinatos de armenios ocurridos en Adana, echaron sobre el pueblo de Kurch-Kahor, cerca de Beilan, á 50 kilómetros de Alejandría, asesinaron á cuantos armenios hallaron é incendiaron sus casas, después de haberlas saqueado.

En Antioquía la mortandad ha sido aún más terrible. Los asesinatos empezaron el lunes 19 de Abril á las cinco de la tarde. El día anterior había circulado la noticia de que los musulmanes habían resuelto asesinar á los armenios; pero fué desmentido en seguida por la población musulmana, con el objeto de tranquilizar á los armenios y así sorprenderles indefensos.

Aquel mismo día la Autoridad local había llamado á las armas á los *redifs* (reservistas) indígenas para reforzar la milicia local. Pero estos *redifs* fueron los que primero asaltaron las casas de los armenios, asesinando á todos. Entre las víctimas de esta matanza cuéntanse dos sacerdotes armenios.

Los musulmanes de los pueblos de los alrededores de Antioquía atacaron el pueblo armenio de Kessab.

Los pocos cristianos que escaparon han huído al monte, y de allí se han refugiado en Lattaquie. Los musulmanes han incendiado el pueblo: casas, convento, iglesia, todo ha sido pasto de las llamas.

Los supervivientes están reducidos á la última miseria: hambrientos y sin abrigo necesitan urgentes socorros. Me veo, pues, precisado á implorar la caridad cristiana.

Por el interés que encierra, y por los nuevos detalles que contiene, copiamos del último número de *El Eco Franciscano*, la siguiente correspondencia dirigida al reverendísimo Padre Custodio de Tierra Santa.

Lattaquía, 5 de Mayo de 1909.

RMO. PADRE CUSTODIO DE TIERRA SANTA:

Veinte mil musulmanes de la región de Antioquía cayeron á la improvisa y sin que sepamos aún el motivo sobre las poblaciones cristianas del Monte Casio, causando por doquiera estragos, muertes é incendios. Los cristianos de Antioquía y de Suedie han quedado aniquilados: de los de Knaje, Jacubie y Gesser no tenemos noticia alguna.

El 23 de Abril unos quince mil musulmanes, entre ellos muchos kerkesianos, después de destruir los pueblos de Cayagek, Eski-Oren y Cinargek, asaltaron por tres de los lados nuestra población de Kessab, en el Casio. Los cristianos de Kessab, que disponían de armas, tomaron al momento posiciones fuera del pueblo, para detener, al menos por algunas horas, á los invasores, y dar tiempo á sus mujeres y niños de huir hacia la montaña. Yo, á mi vez, tuve que abandonar el Hospicio, y

me puse al frente de mujeres y niños para guiarlos por la montaña de Cará-Durán. Los trescientos cincuenta cristianos que defendían la entrada del pueblo de Kessab, después de dos horas y media de lucha, fueron envueltos por los quince mil musulmanes; los cuales, dueños desde entonces de la población, la saquearon por completo, y luego le aplicaron fuego con cajas de petróleo. Pronto los edificios, comercios é iglesias quedaron consumidos. A nuestro Hospicio no le cupo mejor suerte; luego de saqueado fué dado á las llamas. Lo propio aconteció con las escuelas de Cará-Durán y Censergek.

Sobrevino inmediatamente la noche. Yo, dejando en la montaña de Cará-Durán á las mujeres y niños de Kessab, fuíme con dos personas á Baghegaz, en donde estaba el P. Alejo Marquínez con los cristianos de aquel pueblo. Hablé unos instantes con este Padre y le dije que sería bien marchar con la gente al territorio de Lataquía, en caso de que los quince mil musulmanes, acampados entonces en Kessab, se dirigiesen al día siguiente sobre Baghegaz.

Salí de Baghegaz con los maestros, y por caminos desiertos nos dirigimos por la falda de la montaña de Cará-Durán á Bedrosie, en donde había dejado á las mujeres y á los niños, y á donde habían acudido ya á refugiarse aquella noche los supervivientes y los fugitivos de otras poblaciones cristianas. Tomé en brazos á un niño, y dije á las mujeres que me siguiesen, ordenando, sin embargo, á los hombres que marcharan á alguna distancia y en pequeños grupos, para no motivar alarma en los pueblos turcos que debíamos encontrar á nuestro paso. En llegando al primer pueblo turco de territorio de Lataquía, los habitantes quisieron arrojar-se sobre nosotros... Entonces levanté en alto al niño que llevaba en brazos, y grité: «¡Temed á Dios! Aquí tenéis al mayor de los cristianos varones que me siguen: la gente restante son mujeres, niños y viejos.» Los turcos, al oír esto, nos dejaron libre el paso, contentándose con despojar á la gente de lo poco que habían podido coger precipitadamente al huir de Kessab.

Abierto de este modo el camino, me siguieron casi seis mil cristianos, residuos de los pueblos de Kessab, Censergek, Cará-Durán y otras seis aldeas más.

Llegamos al medio día al pueblo turco de Kerseisc, residencia de un Mudir. Supliqué á éste, en nombre de la humanidad, evitase que su pueblo, que ya se disponía á concluir con nosotros, nos diera la muerte. El Mudir me respondió que nada teníamos que temer de parte suya y de la gente de Kerseisc; pero que temía que los que habían caído sobre Kessab, una vez terminado el saqueo, nos siguieran la pista... en cuyo caso, nada podría hacer él por nosotros... ¡Dios mío! ¡qué terribles momentos! Sin detenerme un punto, hice que mi gente siguiera por la playa del mar, encomendando al arcángel San Miguel toda aquella turba de mujeres y niños. Hice que el Mudir me diera una guardia, y acompañado de los maestros marché corriendo hacia Lataquía en busca de auxilio.

Nada diré de cuanto me ocurrió en estas ocho horas de marcha á la carrera. Hacia la media noche descubrimos á lo lejos algunas luces de la ciudad... mi corazón se ensanchó: pero cerca ya de las primeras casas, nos

asaltaron unas quince personas ¡eran ladrones! Corrieron detrás de nosotros: una de ellas me dió en la cabeza con un palo, que yo pude desviar á tiempo con la izquierda, y grité: «¡Quietos: somos europeos!» Al oír esto, dos de ellos que me habían sujetado, me soltaron; pero uno de los maestros ya había sido llevado fuera del camino. La guardia que me había dado el Mudir de Kerseisc había huído hacia la ciudad. Huí también yo en la misma dirección con el otro maestro; y los ladrones se contentaron con el maestro que habían capturado, lo despojaron de todo y le cogieron 200 francos que eran todos sus ahorros.

Llegamos medio muertos á nuestro Hospicio de Tierra Santa en Lataquía. *Giannoccaro*, previsor en extremo, ya antes de las matanzas había puesto al corriente del peligro que corríamos los misioneros y los cristianos del Monte Casio, á los Cónsules de Francia é Italia. El Cónsul de Francia, cuatro ó cinco días antes de estos sucesos, había pedido al Cónsul general en Beirut una nave de guerra para el puerto de Lataquía; y el Cónsul de Beirut, á falta de una nave de guerra, había teleografiado á Chipre al Comandante del *Niger* (de la Compañía de *Messageries Maritimes*) para que fuera á Lataquía y se pusiera á disposición del consulado. Mientras yo y el Padre Presidente hablábamos de los hechos de Kessab, enviémos aviso el Cónsul de Francia que el *Niger* debía llegar muy de mañana á Lataquía, quedando á disposición del consulado hasta la llegada de un acorazado francés. Llegó, en efecto, el *Niger*. Fuímos inmediatamente á bordo el Padre Presidente y yo, y en pocas horas llegamos á la playa de Basit, hacia donde se habían dirigido las mujeres, los niños y los demás fugitivos.

Ya era tiempo. Los asesinos de Kessab bajaban á la sazón de las montañas en persecución de los fugitivos. En pocas horas el *Niger* embarcó casi dos mil personas, en su mayoría mujeres y niños, y se dirigió hacia Lataquía. Después de una hora de viaje, el comandante anunció la llegada de una nave de guerra: era el crucero *Jules Ferry*, con un almirante á bordo. Acercóse el *Jules Ferry* al *Niger*, y después de haber hablado con el Cónsul de Francia, se nos invitó al P. Juan Crisóstomo y á mí á que nos trasladáramos al crucero; continuando el *Niger* para Lataquía y volviendo nosotros con el *Jules Ferry* á la playa de Bassit.

No bien llegó cerca el crucero, echó al mar todas las embarcaciones y disparó algunos cañonazos. Entonces los cristianos que habían quedado en tierra y habían ido á ocultarse dispersándose por los montes vecinos, acudieron de todas partes y se embarcaron en número de casi mil quinientos. Mientras tanto, el almirante llamó de Alejandreta, por medio del telégrafo sin hilos, á otro crucero francés, el *Michelet*; y á la llegada de éste, partió el *Jules Ferry* á Lataquía para dejar su carga. Entre los que se embarcaron en el *Jules Ferry* estaba el P. Alejo Marquínez con sus cristianos de Baghegaz.

En resumen, en la playa de Basit fueron recogidas unas seis mil personas, en su mayoría mujeres y niños, siendo transportadas á Lataquía. Mil quinientos fueron alojados en nuestro Hospicio, en el huerto y en la iglesia armenia y junto á la Misión de los americanos.

Con el objeto de mantener tanta gente, hacen los

Franciscanos prodigios de caridad. El P. Ermenegildo Silvestri ha llegado de Beirut en el crucero italiano *Piemonte*, trayendo consigo 20 sacas de harina y otros socorros en dinero.

Pero el gobernador de Lataquí teme que la aglomeración de tanta gente ocasione alguna pestilencia; y de hecho están ya á punto de declararse graves enfermedades. De aquí el que se haya resuelto trasladar provisoriamente los fugitivos á Basit. Hacerlos volver en estas circunstancias á los propios pueblos es imposible, ya por estar aquéllos destruídos, ya porque las Autoridades locales no ofrecen ninguna clase de garantías.

Reverendísimo Padre Custodio: toda esta gente no posee ahora otra cosa que la ropa que lleva encima. Haga S. P. por caridad un llamamiento al mundo católico y al mundo civil. Mandadnos pan y vestidos. Pero, que sea cuanto antes: ¡en nombre de Dios y de San Francisco, que sea cuanto antes!

Yo, pobre franciscano, con la ayuda de Dios ante todo, y con la ayuda de las naves francesas, he podido salvar la vida á seis mil personas. Los Religiosos de Tierra Santa, repito, han hecho prodigios de caridad: hemos dado cuanto teníamos: ahora es necesario que el mundo civil y el mundo cristiano nos faciliten los medios de devolver estos infelices á sus pueblos y de ayudarlos á construir barracas, puesto que sus casas no existen. Pero, sobre todo, conviene que los socorros no se hagan esperar, á fin de que no resulten inútiles para muchos.

Esperar limosnas de la gente de estos países, es cosa inútil: entre los orientales no es conocida la caridad. Pero estoy seguro que los occidentales no se resignarán á dejar morir de hambre y de miseria á tantos pobres mujeres y niños que he podido librar de una muerte segura. Las naves francesas han cumplido su misión y se retiran: el Gobierno turco promete y no cumple: el pueblo oriental no se mueve á dar ni un pedazo de pan... ¡Nuestra única esperanza la ciframos en la caridad de Occidente!

Lo repito una vez más: ¡en nombre de Dios y de San Francisco, enviadnos pan y vestidos!

Y para que los socorros no se extravíen, será bien que vengan dirigidos á—«Turquía Asiática, Siria, Hospicio de Tierra Santa.—P. Sabatino de Gaizo,—Lataquí.»

Besándole la mano, é implorando una especialísima bendición, me repito.—De S. P. Rma. humilde súbdito,

FR. SABATINO DEL GAIZO,

Superior de la Misión de Tierra Santa en Kessab.

NOTICIAS VARIAS

Estados Unidos.

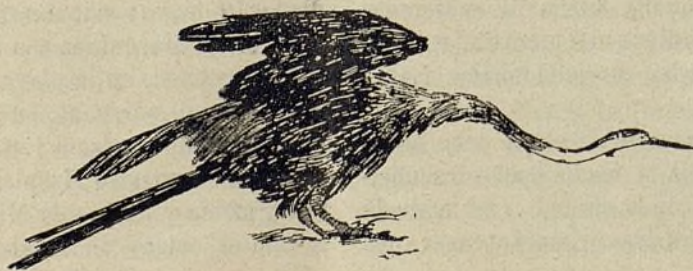
Lo que han gastado los Estados Unidos en Panamá.—Por las últimas relaciones recibidas podemos juzgar la inmensa grandeza de la obra emprendida por los Estados Unidos en la construcción del canal de Panamá. Los gastos durante Enero pasado llegaron á 3.250,000 dollars. El dinero pagado desde que los Estados Unidos tomaron la empresa en sus manos, llega á la fabulosa suma de 93.115,000 dollars. Hay 31,815 hombres empleados en la obra, de los cuales 25,162 son trabajadores, 5,874, están á cargo del ferrocarril, y 749 corren con la comisaría. Reina un orden admirable, y la obra adelanta como por encanto. La sanidad pública es cuidada con el mayor esmero; desde Mayo de 1906 no ha habido ningún caso de fiebre amarilla, y ninguno de cólera desde Agosto de 1905. La viruela no se ha hecho ver por más de un año. Hay todavía fiebre palúdica, pero no son ni la tercera parte los atacados por ella de lo que eran hace tres años. La plaga del mosquito, tan virulenta antes, ha desaparecido; y en Colón, hervidero que era de esas sabandijas, no se encuentra uno ni á peso de oro.

Monumento al P. Marquette.—A principios de Agosto se instalará en la isla de Machinac, en el Estado de Michigan, una estatua de bronce sobre pedestal de granito, al P. Marquette, jesuita que exploró primeramente las regiones del Lago Superior. El monumento es debido á la generosidad de los herederos del difunto Hon. Pedro White, de Marquette, Mich. Los fondos para esta obra se empezaron á recoger treinta años hace, pero hasta el año pasado solamente se habían colectado 2,600 dollars por suscripción. Entonces fué cuando Mr. White ofreció abonar cuanto fuere menester para llevar á cabo la obra. Su inesperada muerte impidió que llevara á cabo su intención, pero los herederos se comprometen á ejecutar en todos sus pormenores el plan que él había dejado, para que la dedicación se efectúe como él lo había deseado.

Parroquia española en Filadelfia.—El plan inaugurado hace algunos meses, de organizar á los católicos de lengua española en Filadelfia, con el fin de establecer un centro de culto para ellos y proveer un párroco á los 1,500 residentes españoles de la ciudad, empezó á realizarse hace algunos domingos, cuando el Rdo. P. Antonio Casulleras, de la Congregación de María, les empezó á dar Misa y predicarles en español, provisoriamente en la iglesia de la Santísima Trinidad. La primera vez solamente un centenar de personas se halló presente, por no haberse podido anunciar con tiempo la nueva organización, pero el P. Casulleras está seguro que día por día creará ese número, hasta que la mayoría á lo menos de los españoles residentes se halle efectivamente reunida en una parroquia formada por ellos.

Persia.

Sigue la lucha.—Las noticias alarmantes que se reciben de Teheran hacen suponer que ha empezado la lucha final de los constitucionales contra el Soberano. Los Bakhtiaris de Ispahan, que disponen de cañones-revólver, prosiguen con energía su marcha contra la capital. Su jefe, Sardhakasad, ha teleografiado á Teheran que los esfuerzos de la diplomacia no impedirán que marche con sus tropas contra la capital. Dicen de Teheran á la *Gaceta de los Vasgos*, que el Soberano ha ordenado á la imprenta del Estado que suspenda la impresión de la nueva ley electoral. Resulta, por consiguiente, imposible calcular la fecha en que se promulgará dicha ley.



AMÉRICA CENTRAL

RELACION DE VIAJE EN LOS RIOS PUTUMAYO, CARAPARANA Y CAQUETA Y ENTRE LAS TRIBUS GUITOTAS

POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, MISIONERO CAPUCHINO

(Continuación)



HORA bien: no teniendo fiestas religiosas, los indios hacen sus bailes cuando tienen de comer y beber con alguna abundancia, lo cual sucede ordinariamente unas cuatro ó cinco veces al año, época en que dan sus frutos las palmeras de *canangucho*, *mil pesos*, *chontaduro* y otras. Fuera de estos tiempos señalados por la naturaleza, tienen otros bailes que pudiéramos llamar de familia y especiales, como el que precede al estreno de una casa, ó en la muerte de su Cacique, etc.

En los bailes generales, á los cuales acuden muchas tribus representadas cada cual por su Cacique, hay como una especie de desafío sobre quién lo hace mejor. Y como nadie quiere ser vencido en esta clase de combates, resulta que los bailes lle-

gan á ser objeto de admiración para el espectador.

Una particularidad existe también en los bailes güitotos, y es: que rarísimas veces lo hacen cogidos hombres con mujeres, sino separadamente, pero tan unidos con los de su propio sexo, que parecen una verdadera sarta de monos.

Allá va una pequeña idea de una danza güitota:

Rompen la fiesta, ante todo, los dos tambores *maguarés*. El más anciano de los indios se pone de pie, y tenemos ya el primer anillo de la inmensa cadena que vamos á formar. Un segundo se le acerca por las espaldas y coloca las manos en los hombros del primero. Al segundo se une un tercero, al tercero un cuarto, y así sucesivamente hasta el último niño que apenas puede andar. Hecha esta primera sarta y colocada en un lado del interior de la casa, se forma otra de mujeres, y del mismo modo que la de los hombres. Mas si el lugar no es suficiente para hacer un solo cordón con la gente menuda, los colocan, entonces, al medio, y quedan bajo la vigilancia de sus padres, quienes les corrigen cuando se equivocan en alguna parte de la danza.

Así dispuestos, y al son de los tambores, comienzan á dar pasos, unas veces para adelante y otras hacia atrás; y de cuando en cuando quedan, como por encanto, inmóviles; pero todo lo ejecutan con un compás y unidad tal, que más parecen ser meras máquinas que seres vivientes. Desde que se empieza el baile comienza asimismo el canto; éste, lejos de ser mortificante, es agradable al oído; porque entre los hombres y entre las mujeres hay voces primas y segundas, y tan bien acordadas, que resulta una armonía increíble.

Con la letra y el tono del canto se llama la atención para dar los pasos y demás movimientos, resultando de aquí una uniformidad admirable durante todo el baile.

Después que han danzado lo suficiente dentro de la casa, salen fuera, y sin romper la cadena, van siguiendo al rededor de ella; repitiéndose muchas veces esas entradas y salidas hasta que se cansan, y luego se entregan á comer y beber.

En las grandes concurrencias donde asisten diversidad de tribus, tienen la costumbre, además de la ordinaria, que es: dibujar en todo el cuerpo figuras las más horribles, como culebras, caimanes, tigres, sapos, etcétera, etc.; la de exhibir cada cual sus armas, habiendo tenido primero el cuidado de afilarlas y limpiarlas con mucho esmero.

Ahí tienen en pocas palabras una idea de los bailes güitotos, pudiendo añadir al respecto, que el número de danzas se saca por la diversidad de cantos; y éstos, en verdad, no son pocos. Si se trata, verbigracia, de dar sepultura á un brujo, necesariamente habrá las tres ceremonias: toque del *maguaré*, canto y baile. Está en peligro de muerte uno de los caciques, y las tres cosas, aunque diferentes en la ejecución, no faltarán. ¿Y quién podrá soportar los cantos infernales que anuncian el fin funesto de una víctima humana? Yo me horripilo sólo al recordar lo que de tales escenas me contaron testigos oculares. De los cantares por motivo de dolor, sí puedo testificar, porque los oímos muchas veces y representaban tan á lo vivo la pena que tenían por haber perdido alguno de sus seres queridos, que el P. Santiago y yo nos hacíamos mucha violencia para no derramar lágrimas junto con los indios.

CAPÍTULO VIII.—Tribu de los Jidúas.—Agradecimiento y respeto que estos indios manifiestan al misionero.—Increíbles costumbres que suelen practicar en los nacimientos de sus hijos.—Infeliz suerte de los huérfanos.

Estos Jidúas sólo distan de los Merecienes una hora.

Yo, por tener mucha novedad en mi salud, no tuve el placer de irlos á visitar; en cambio, varios de ellos, junto con su cacique Júcucuchema, vinieron á verme. El P. Santiago y unos dos caucheros que le servían de intérpretes fueron á dicha tribu, y me contaron que al Padre lo recibieron con verdaderas demostraciones de cariño; obsequiándole, además, los frutos de sus palmeras y muchas piñas.

El Padre regresó contentísimo, pues su ida fué oportuna para algunos enfermos que había en estado casi agonizando. Parece que Dios, en su infinita misericordia, sólo les prolongaba la vida hasta que pudieran recibir el santo Bautismo; y luego que se les administró, entregaron su alma al Creador. ¿Cómo, pues, no alegrarse por triunfos tan inesperados de la divina gracia?

Tratemos, ahora, de las increíbles costumbres que estos indios y los de muchas otras tribus güitotas suelen practicar en los nacimientos de sus hijos. He dicho increíbles, porque si yo no me hubiera encontrado con

ellas, si no hubiera tenido el testimonio de muchos testigos oculares, de seguro que habría dudado. Pero el hecho y la realidad es como sigue:

La vida que llevan las indias en poco se diferencia de la de las bestias, y á semejanza de éstas, no se preocupan ni se eximen de los trabajos ordinarios en los días que preceden al alumbramiento. Cantan, bailan y se desprecupan como si tal cosa no fuera á suceder. El que más piensa en ese asunto es el marido, porque á él le toca soportar las cargas de una rigurosa dieta. Pues la india cuando ya *natus est homo*, y ha practicado los indispensables oficios de la obstetricia, entrega el fruto de sus entrañas á su marido. Este lo toma á su cuidado, y haciendo las veces de madre, se acuesta con la criatura en su hamaca, y pasa en ese lecho ocho días guardando la dieta que pudiera tener la dama más delicada. Pero antes de desempeñar estos oficios, primero se viste de luto, quiero decir, que se pinta de negro, quedando como un africano.

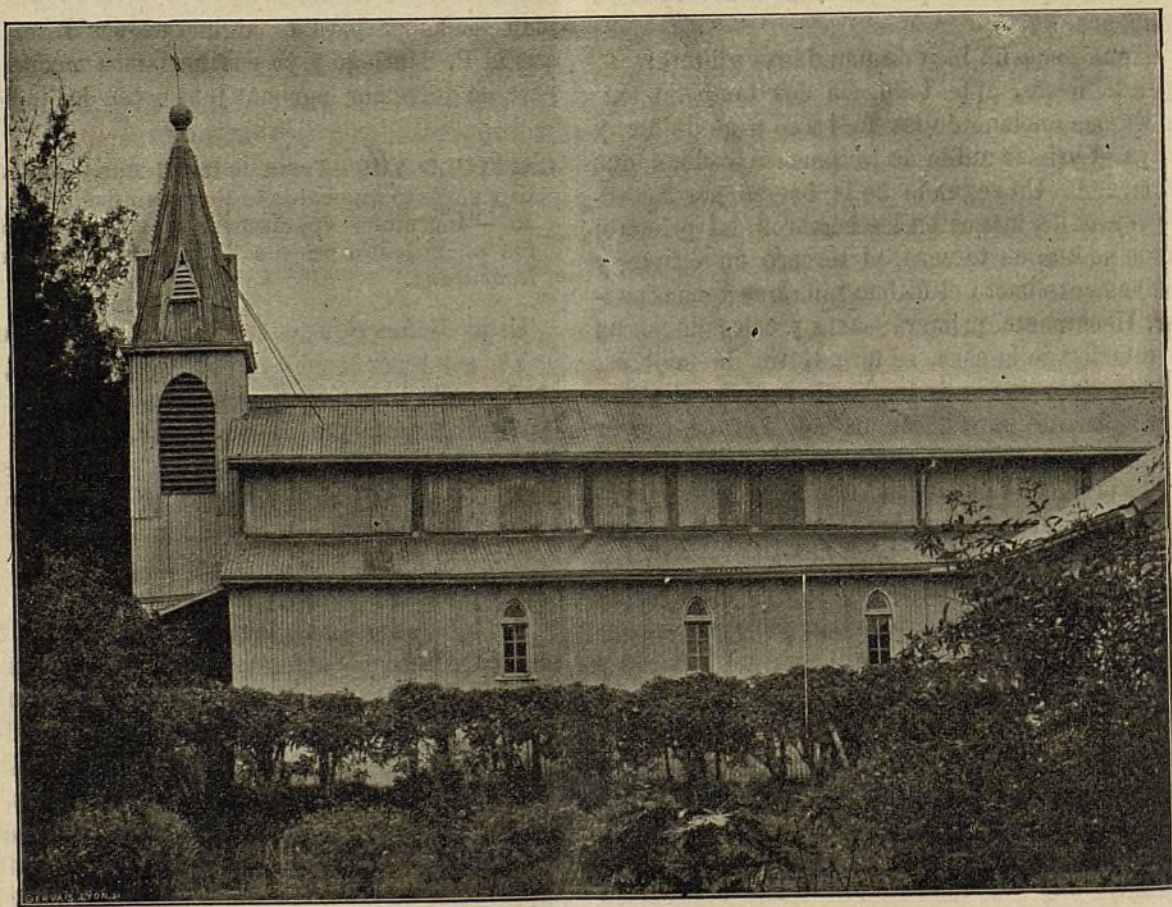
Pregunté con mucho interés si esto mismo observaban aquellos indios que estaban tan atareados en los trabajos de los caucheros y que tenían que entregar el caucho bajo pena de una buena azotaina, y hasta de la misma muerte; y me aseguraron que en ese tiempo suspendían toda labor, y no hacían caso ni al látigo, ni á ninguna otra pena. Sigamos.

En dichos ocho días la india asume los oficios del marido: va á la chacra, carga la yuca, recoge la leña, etc. Mas el indio una vez que ha cumplido su dieta, se levanta de la hamaca, dirígese al río y con un buen baño se quita la negra untura, quedando otra vez con la ropa de Adán.

Después de todo esto toman al niño y, hasta la edad de uno ó dos años, le acomodan un vestido tan singular que, á primera vista, uno duda si es ó no ser humano. Todo el cuerpo le cubren con la leche de un palo, que en verdad es muy pegajosa, y respetando sólo la cara del niño, riegan sobre la capa de leche la lana de un árbol que es muy semejante á la del balso. Vestidos así los indiecitos y encaramados en las desnudas espaldas de sus madres, ó enredándose en las piernas, parecen, en realidad, unos monitos. Con todo y teniendo sólo aquel vestido salvaje, estos indios son felices; porque estando bajo la sombra de sus padres no se verán privados de los otros medios que aun las mismas fieras proporcionan á sus hijos para que no perezcan.

Mas, entre estas gentes, ¡cuán triste es la vida del huérfano! ¡Que si el cielo le arrebató sus padres en tiempo de no poder por sí mismos ganarse la vida, no haya duda que morirá por falta de socorro humano! Lo que comprueba una vez más que el hombre privado de la fe, desconoce los vínculos más sagrados que le unen á sus semejantes.

Estos indios, al tratarse de consumir un crimen ó conseguir algún siniestro fin, se unen y se apoyan mutuamente hasta llenar sus deseos; pero en materia de conmiseración, y cuando se trata de hacer un pequeño sacrificio por un desgraciado, en esto se asemejan muchísimo á las mismas alimañas con quienes viven. Y en prueba de lo que digo, ahí tenemos el horrendo crimen, repetido muchas veces, de matar á los muy viejos, á los que tienen enfermedades repugnantes y, con más frecuencia, á los niños huérfanos; y enterrarlos en la espesura del bosque, ó simplemente arrojarlos al agua,



NATAL (AFRICA MERIDIONAL).—IGLESIA DE SAN FRANCISCO JAVIER EN LA MISIÓN INDÍGENA CAFRE.—Reproducción de fotografía enviada por el P. Marc.



TRANSWAAL (AFRICA MERIDIONAL).—EL PARQUE AUCLAND EN JOHANNESBURGO.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Marc.

dando por razón, que sufren y hacen sufrir á los demás.

Pero refiriéndome ahora sólo á los huérfanos, diré: que aun los de su misma tribu y, quizá, allegados, se muestran crueles y les niegan todo auxilio para su existencia.

Entre los caucheros es cosa muy sabida, que si alguno necesita un indio para que le sirva, basta ir á las casas de ellos y averiguar al Cacique si tiene niños ó niñas huérfanas, y están seguros que se los dará todos. Al respecto se me viene á la memoria la contestación que obtuve de un blanco al manifestarle que quería yo sacar unos dos indios para que me acompañaran en mis viajes. «Padre, me dijo, es lo más fácil conseguirlos. Ahora que va á las tribus, pregunte por todos los niños que no tienen padres y se los darán.»

Con la siguiente historia acaecida en una de las tribus que visitamos, se persuadirá mejor mi amigo el lector de la inhumanidad de estos indios con los huérfanos.

Eran dos hermanitos, y cuando más necesidad tenían de la sombra de sus padres, los perdieron. El varoncito sólo tenía tres años, y la hermanita no pasaba de dos. El primero, acosado por el hambre y para no ver morir á su hermana, del mejor modo que podía y sus débiles fuerzas se lo permitían, la cargaba en sus espaldas, y tomando un machete, única herencia de sus padres, internábase en el bosque, cortaba raíces de árboles, y con ellas alimentaba á la hermanita, no sin primero haber

comido él también. Los demás indios, muy serenos y duros de corazón, conocían la necesidad de los dos, pero ninguno les daba siquiera un pedazo de casabe (pan de yuca brava) ú otra cosa de las que ellos suelen tener.

Pasaron algunos días, y como era natural, se iban agotando las fuerzas del pobre indiecito; pero seguía haciendo esfuerzos supremos para buscar el pan cotidiano de su hermana.

Sin embargo, llegó un momento en que ya cansado de una vida tan penosa y viendo que su trabajo no era suficiente para la existencia de los dos, resolvió enterrar viva á su hermana, para lo cual escarbó un poco de tierra, y con algunas ramas y unos pocos palos la cubrió, sin volverse á acordar más de ella. Mas Dios que cuida aun de los seres irracionales, no se olvidó de esa infeliz, sino que la libró de la muerte de un modo muy singular, como ahora se va á ver:

No muy lejos de donde esto sucedió, vivía un comerciante del Tolima, quien tenía mucha necesidad de algunos indios para el servicio de la casa. Este, no ignorando la dicha costumbre de no hacer caso de los huérfanos, se dirigió á la tribu más próxima y solicitó del Cacique que le diera unos dos indios. El Cacique, no poniendo obstáculo alguno á lo que se le pedía, dió al blanco el indio en referencia; y éste, sin ninguna repugnancia, abandonó á sus conocidos y se fué tranquilo por donde su amo le conducía. A poco de haber andado ocu-

riósele al comerciante preguntarle si él solo había quedado huérfano, ó si tenía más hermanos. La respuesta del indio fué: «Tuve una hermana, pero se murió y ya la enterré.» Sin duda que el Angel guardián de la indiecita inspiró al blanco para exigirle que mostrara el lugar de la sepultura. Fueron, pues, á donde estaba enterrada, y presenciaron el cuadro más triste que puede suponerse, pues la pobre niña, en las agonías de la

muerte, había hecho esfuerzos supremos, y retirando las ramas que la cubrían pudo salir; y la encontraron llorando en el borde de la sepultura, volviendo, de cuando en cuando, la cara hacia una parte y otra, en ademán de pedir auxilio.

El comerciante, á quien Dios le habrá recompensado esa caridad, la tomó en sus brazos, y llevándola á su casa la hizo criar.
(Continuará).

EN EL MUNI.—LA GRAN FIESTA DE LOS ÍDOLOS

(Continuación)



¿Qué tal? ¡Aquí, aquí está el verdadero misterio de toda la fiesta! ¿Quién tendrá la menor duda, después de haber oído una confesión tan franca y autorizada, como lo es en la materia la del mismísimo jefe Aló? ¿Y quién al leer estas cosas no se compadecerá de aquellos pobrecitos infieles? Pero vengamos ya á

Los sacrificios

Sería ya la una de la tarde cuando empezó la sangrienta ceremonia de los sacrificios.

Para lo cual presentáronse junto al altar tres hombres, los más forzudos que allí había, y elegidos por el mismo Aló para ayudarle á sacrificar las víctimas.

Ora fuese porque no tenían suficientes palanganas para contener la sangre, ora porque según sus ritos y ceremonias debían echarla en el suelo, hicieron al efecto una grande hoya, la cual recubierta con hojas de plátano, fué muy capaz para contenerla toda, no obstante las catorce cabras más algunos patos y gallinas que mataron.

Estando, pues, preparadas todas las cosas, hizo Aló una señal á los jefes, y al momento presentóse el más caracterizado, llevando una cabra medio arrastrando. Al llegar se la entregó, y él, á su vez, á los tres sacrificadores, los cuales, armados con su gran cuchillo, la arrojaron al suelo, y en un abrir y cerrar de ojos le cortaron la cabeza.

Idéntica operación se hizo con las trece cabras restantes y con los patos y gallinas de los demás jefes. Aunque es de notar que tres de las gallinas dijo Aló que no las mataran, pues quiso regalarlas vivas al señor Norato y á sus dos hijos respectivamente, si bien les mandó que las habían de matar aquel mismo día, por la sencilla razón de que, como dijo el mismo Aló, *todo animal que ha sido ofrecido á los ídolos debe morir cuanto antes.*

No deja de ser curioso lo que se refiere á propósito de los sacrificadores.

Dicen los pámués que para sacrificar las cabras y animales grandes eligen á hombres muy valientes y guerreros, y á los tímidos y cobardes para sacrificar los animales pequeños, como patos y gallinas, como quien dice: «Ya que sois tan apocados y cobardes, no valéis más que para cosas de poca importancia.» Todo lo cual no deja de ser muy significativo y revela el carácter belicoso de la tribu pámué.

Pequeño diálogo entre el Sr. Norato y el jefe Aló

Terminadas ya las ceremonias de los sacrificios, cansado el Sr. Norato de presenciar lo ridículo y extravagante de aquella fiesta, les dejó para que á su gusto continuaran las ceremonias que todavía faltaban. Esto dió lugar á que á los pocos días tuviera dicho señor con Aló el siguiente diálogo:

—Dígame V., Aló, ¿qué hicieron de tanta sangre como depositaron en aquella hoya?

—Aquella sangre era una de las cosas más importantes de toda la fiesta.

—Pues, ¿cómo es eso? no lo comprendo. ¿Tendría la bondad de explicármelo?

—Cuando la sangre estuvo cuajada, la recogí y llevé á mi casa para secarla al fuego.

—¿Y después qué hizo de ella? ¿Por ventura se la comió V. en familia?

—No, señor, lo que hice fué guardarla muy bien para que no se echara á perder, porque el día que á mí me parece mejor reúno á todos los hombres del pueblo para quemarla en su presencia.

—¿Y dónde la queman?

—En el lugar que yo señalo dentro del bosque. Allí hacemos una grande hoguera, y cuando el fuego ya no hace humo ni llamas, entonces pongo la sangre en las brasas y miramos bien la dirección que toma el humo de la sangre.

—¿Para qué hacen todo eso?

—Esto es muy importante, porque si el humo se va hacia la parte en que están los pueblos enemigos, no les tenemos miedo para hacerles guerra; aunque sean muchos y valientes; pero si se va hacia otra parte, entonces desconfiamos, y así procuramos hacer con ellos las paces.

—¡Valiente tontería es esa! Y sino dígame, Aló, ¿qué cosa más necia que esperar la victoria ó la derrota de los pueblos enemigos por la dirección que tome el humo de la sangre, como V. dice?

—Yo no entiendo eso, pero nunca declaro la guerra á mis enemigos sin haber hecho antes esta operación.

—Pues entonces, cosa muy sencilla; porque si á V. le conviene hacer las paces con sus enemigos hará esa operación del humo los días en que el viento se lo lleve en dirección opuesta á los pueblos enemigos, y viceversa cuando á V. le convenga hacerles guerra. ¿No es verdad, amigo Aló?

A esta contundente respuesta del Sr. Norato se calló

el astuto Aló, por verse obligado á confesar, muy á pesar suyo, una verdad tan manifiesta en un asunto que tanto le interesaba y en el que á tantos ignorantes traía engañados.

Comilonas y borracheras

Hora es ya que pongamos punto final á la relación de esta fiesta idolátrica, diciendo cuatro palabras acerca de lo que constituye el objeto principal de la misma, ó sea, procurar traer engañados á los sencillos é ignorantes, máxime á las mujeres y niños, para *comer* y *beber* muy á costa suya (1).

Si, como hemos visto, fué muy grande la animación que hubo en todos los asistentes á esta fiesta para celebrarla según sus deseos, mucho mayor fué la actividad que ahora desplegaron en la *comilona*, por ser lo más interesante de la fiesta.

A las tres de la tarde, poco más ó menos, terminaron la matanza de las cabras, patos y gallinas para los sacrificios, según queda dicho. Entonces dispuso el jefe Aló que de entre los hombres allí reunidos eligieran á los más diestros en el arte de preparar las carnes, á fin de poderlas guisar lo más pronto posible.

Como eran muchos los trinchantes, no tardaron en prepararla, mientras que la multitud esperaba con ansia el momento de coger su ración para comérsela.

Receloso el suspicaz Aló que si no ponía algún orden entre aquella muchedumbre, *ávida como él de devorar la tajada*, no faltarían rapaces..., mandó que se distribuyeran en grupos presididos por sus respectivos jefes, y que se les entregara la ración de carne que les correspondiera. Así lo hicieron, moviendo todos un barullo y algazara indescriptible.

Tan pronto como se les entregó la ración correspondiente, no es para dicha la avidez con que se la comieron. Agrupáronse al rededor de las grandes hogueras que de antemano habían preparado, y luego de haberla asado ó cocido en sus *envueltos*, al estilo del país, se la engulleron con tanto afán y apresuramiento, que sin du-

(1) Es cierto que, por desgracia, son muchos los jefes y hechiceros de todas aquellas tribus, los cuales comunican con el espíritu maligno para fines muy perversos.

da les sucedería á muchos lo que á los *lobos*, que lejos de entrarles en provecho, les pondría más flacos y macilentos, por el *recio purgante* que, bien á pesar suyo, se verían obligados á tomar á la mañana siguiente...

Tal fué, amado lector, el atracón que de la carne de los sacrificios se dieron aquellos hombres *farsantes* en extremo.

Digo *farsantes*, porque realmente lo fueron, pues de las catorce cabras, patos y gallinas que, según ellos decían, sacrificaron para que se las *comieran los ídolos* (así lo hacen creer á las mujeres y á los niños), solamente dejaron los... *pellejos, las plumas y los cuernos*!!!!

Por esto á nadie extrañará que, después de haberse hartado con la carne de los sacrificios, pasaran toda la noche armando una de mil infiernos con sus tumbas y *baleles*, que duraron hasta las cinco de la mañana siguiente.

¿Y quién decir podrá las bebidas alcohólicas que en aquella noche consumieron? Creo no ser temerario en afirmar que apenas hubo ni un solo hombre que dejara de beber hasta ponerse beodo, pues no es fácil imaginarse la cantidad de *caña, ginebra* y demás bebidas alcohólicas que aquellas gentes se bebieron.

Así terminó aquella fiesta idolátrica y así terminan casi todas las fiestas y *entierros* que hacen aquellos indígenas cuando muere alguno de los suyos. Esto mismo verifican siempre que desean obsequiar á alguno de sus jefes ó amigos, como también á los europeos. De modo que en todas las grandes reuniones nunca ha de faltar la *caña, ginebra*, etc., etc., con la inteligencia que si el amigo, jefe ó europeo obsequiado les da gran cantidad de bebidas, puede estar seguro que será también grande el *balele*. ¿Y qué les importa á aquellos desgraciados indígenas que, por los malos efectos de las bebidas alcohólicas, se mueran muchos abrasadas las entrañas y completamente lelos? Pero lo más triste es ver que no hay medio ni razones que valgan para hacérselo comprender. ¡Tanta es la pasión que tienen por las bebidas! ¡Pobrecitos! ¡Que el buen Jesús tenga misericordia de todos ellos! ¡Oh, cuánto lo necesitan!

(Continuará).

SOBRE LA SANTA INFANCIA

Amoy y Noviembre 30 de 1908.



ISTO el interés que ha despertado la relación sobre la Santa Infancia, en Fokien Sur, publicada el año pasado en el *Correo Sino-anamita*; á petición de las piadosas señoras españolas que componen las Juntas de Señoras en España, y á indicación del señor Vicario Apostólico, para mí mandatos; me he determinado á continuar publicando uno cuantos datos más sobre tan interesante y simpática materia. Y por cierto que el corazón humano y cristiano apenas puede encontrar objeto que más le cautive que este importantísimo ramo de la propaganda católica llamado *la Santa Infancia*.

Al contemplar á un ser, nuestro semejante, inocente cual ninguno, y redimido con la preciosísima sangre del Cordero, condenado á morir por culpa de sus inhumanos y desnaturalizados padres antes de abrir los ojos á la luz de este mundo, nuestra naturaleza, y en especial el corazón de una madre española, se estremece involuntariamente, y á la sola lectura ó recuerdo de escenas tan conmovedoras salta en su pecho y late con más energía, como si quisiera volar á socorrer tamaña desgracia. Realmente todo lo que se diga es poco sobre tan delicado tema de la Santa Infancia, y como una sombra de la realidad que presenciamos.

Como va indicado, mi principal objeto es secundar los deseos de las piadosas señoras que forman las Juntas de tan santa Obra, haciéndolas ver que Religiosas

españolas y Padres españoles se dedican con ardor á la heroica y sublime empresa de redimir las almas y los cuerpos de inocentes niñas, condenadas de otro modo á la doble muerte irremisiblemente temporal y eterna.

Algo se ha hecho, y algo se viene haciendo en esta Misión de Amoy respecto del particular; miles de niñas se recogen y se han recogido ya; pero triste es decir que el fruto no corresponde á nuestros deseos y desvelos, por la escasez de medios materiales de que disponemos. ¡Almas cristianas y españolas! entusiastas de todo lo noble y santo; ¡almas valerosas! dispuestas á librar las batallas del Señor y arrollar á todos sus enemigos; ¡almas generosas! que desde vuestros lares seguís diariamente á los misioneros del Señor en sus excursiones apostólicas por la causa del Evangelio y civilización cristiana.

Desde estas lejanas tierras, sí lejos, muy lejos de nuestra amada patria española; pero todavía más alejados de la verdadera Religión, os saluda y felicita el último soldado de las filas de Cristo. ¡Adelante! ¡adelante en vuestra cruzada de amor, toda celestial y divina! Los bienes inefables, los méritos eternos que con vuestras oraciones y limosnas podéis conseguir, no soy yo quien os lo tenga que ponderar...

La mano del Señor, vuestro Angel de la Guarda, serán solícitos en apuntarlos en el Libro de la vida. Acoraos del vaso de agua fría dado por amor de Jesús, que no ha de quedar sin recompensa. Oraciones y limosnas, limosnas y oraciones, es lo que piden con los bracitos tendidos hacia vosotras, sus verdaderas madres, estos angelitos de la caridad, flores y primicias de la Iglesia católica en este ingrato y pagano imperio de China.

Las casas de la Santa Infancia (tres tenemos en una región mayor que toda España), son los verdaderos oasis que el católico encuentra en este vastísimo desierto de toda religión y cultura. El fruto espiritual y corporal que reportan al gran Padre de familia estas tres casas de la Santa Infancia, es un fruto colmado y limpio de polvo y paja, y el más positivo que pueda encontrarse. Los centenares de niñas y niños anualmente regenerados con las aguas del santo Bautismo, y cuya mayor parte vuelan al cielo sin conocer este mundo, ¡quién podrá negar que son frutos de la Santa Infancia!...

¡Quiera el Señor, dador de todo bien, bendecirlos y multiplicarlos con su gracia!!

CAPÍTULO I

Porvenir de la Santa Infancia

La Santa Infancia en China, en contraposición á la de otros países infieles, no tiene trazas de desaparecer, ni siquiera de disminuir, ateniéndonos tan sólo á los hechos evidentes, y mucho más si tenemos en cuenta el carácter de los chinos, y las circunstancias actuales de este por ironía celestial Imperio.

Es cosa sabida que lo que llamamos China, es un territorio inmenso, más que suficientemente poblado y capaz por sí sólo para formar con él unos 18 ó 20 reinos distintos, y no despreciables por cierto. Pues bien, todo él está gobernado por un hombre, ó sea por el

Emperador. Debido á esto sucede que las leyes rarísima vez lleguen á cumplirse en provincias, y mucho menos en los pueblos internados. Las leyes dadas y que continuamente están saliendo con motivo de la prohibición del opio, son una prueba palpable de lo dicho, sin tener que recordar lo sucedido con la prohibición de atar los pies á las mujeres, etc., etc.

Así que aun cuando viniera una ley á raja tabla prohibiendo que los padres se deshagan sobre todo de las niñas, me atrevo á asegurar que pasarían varias generaciones antes que se llevase á efecto, y antes de cumplirse, ni siquiera por unos pocos *celestes*. No hay más que sus intereses. Pero para mejor comprender esto, veamos las ideas que tienen estas gentes sobre la mujer y las condiciones de ésta en el Imperio.

Es una verdad que por educación y por preocupaciones está la mujer china muy baja y muy lejos del lugar que le corresponde en la escala de la creación. Como país en que la civilización cristiana ha hecho pocos progresos, la mujer es considerada como inferior al hombre, y como un recurso de éste para satisfacer sus pasiones, y nada más. Nada respecto de ser su compañera inseparable é igual á él por naturaleza; aquí el hombre lo es todo, dueño absoluto de la mujer, como lo es de la bestia que ha comprado con su dinero. Si le gusta, la retiene, sean una, dos ó veinte; y si no le gusta, se deshace de ella del mismo modo que la adquirió. Considerada desde su nacimiento como boca inútil, perecen anualmente miles y miles de ellas en los albores de su infancia, viniendo á ser el infanticidio la cosa más ordinaria del mundo, y que ni aun conceptúan como pecado. Sólo escapan de la muerte aquellas en las que sus padres columbran un poco de utilidad y provecho; y lo ordinario es *venderlas* como esposillas, y sacar unas 70 á 500 pesetas.

Abí se ve el carácter utilitarista y metalizado del corazón chino. Es que no cabe en su mente ideal más noble, ni siquiera los de orden y belleza. Pedirles orden, simetría y aun higiene, es pedir peras al olmo, como se dice vulgarmente.

La limpieza y adorno de calles, la idea de un jardín botánico, siquiera de un ordinario paseo con árboles, etcétera, etc., lo tienen como derroche inútil de dinero. Cito hechos de que soy testigo.

Así se expresan los chinos vueltos de Manila y Singapur, al preguntarles sus impresiones sobre la perla del Oriente.

Este concepto tienen ellos, v. gr. de Hong-Kong y de los gastos del Gobierno inglés en su dicha colonia británica.

Con estos antecedentes podrá formarse una ligera idea de la mujer en China, ó sea de las niñas escapadas al infanticidio. Atados y vendados los pies á los cinco ó seis años, puede decirse que acaba el mundo para ellas ya desde entonces. ¡Instrucción! Se puede decir que ninguna se les da: quitado lo que aprenden de las faenas domésticas (en que suelen salir consumadas en cuanto lo permiten sus pies atados), se quedan respecto de todo lo demás completamente en ayunas. Baste decir que no hay maestras de escuelas para niñas en los pueblos gentiles, siendo así que no hay pueblecito que no tenga su escuela propia para niños; pero

ni una he visto de niñas. En los pueblos cristianos débese á los misioneros esta innovación.

No están los chinos por que se instruyan á sus hijas. ¿Para qué? y realmente que sobre el particular son muy lógicos y consecuentes con sus principios y carácter.

Los mismos libros chinos consideran á la mujer como un ser inferior, como un carácter de miras estrechas, y como la personificación de los vicios, en especial de la envidia.

Las persuaden que son por su naturaleza seres débiles, que deben sacar su fuerza de la paciencia, dulzura y sumisión; que sus aptitudes morales y físicas son inferiores á las de los hombres; en una palabra, que no pueden aspirar á nada de provecho en esta vida.

Estas han sido hasta el presente las ideas sobre la mujer, y ellas son las que están como infiltradas en los corazones é inteligencia de estos chinos. Chapecas y más chapecas, ó lo que es lo mismo, utilidad práctica es lo que buscan los chinos en sus niñas.

Nada de sentimientos humanitarios se encuentra en su modo de proceder. Lo más noble es que esta misma insensibilidad, y este corazón como de bronce, se hallan también no sólo en los padres, sino hasta en las mismas madres chinas.

¡Cosa horrible, y que nos prueba la corrupción de la naturaleza humana abandonada á sí misma! ¡Una madre desprenderse del fruto de sus entrañas, como si

nada tuviera que ver con él, y consentir en que sea arrojada á un río, estanque ó un estercolero, para pasto de peces ó perros!!!... Sólo con las madres chinas sucede lo que no sucede con los mismos irracionales, que aman tiernamente á sus hijuelos, como lo vemos diariamente. Coged un pollito á una clueca, separad á un gatito del regazo de su madre y observad lo que pasa... Lo dicho: peores y más insensibles que las mismas bestias brutas, que es hasta donde se puede llegar. Esta misma degradación é insensibilidad he observado en la conducta de las madres gentiles con las niñas que lloran: parece que no tienen entrañas.

Ocupadas, v. gr., en los quehaceres domésticos, dejan á las niñas de algunos meses con frecuencia tiradas en el santo suelo.

La niña, hambrienta, ó por causas de otra índole, rompe á llorar pidiendo socorro. ¿Se creará que la madre la hace caso ó se inmuta? Nada de eso: continúa impertérrita sus faenas; tropezará hasta si se quiere con la misma niña una y otra vez, y no tendrá corazón para tomarla en brazos, amamantarla y acallarla, permitiendo, por el contrario, que se revuelque por el suelo, poniéndose hecha una miseria. ¿Qué madre española permitiría esto? ¿Qué digo permitiría? ¿Qué madre oye esto y no se le subleva el corazón contra tamaña iniquidad?

Siendo niños, cambia por completo el proceder de los padres.

(Continuará).

LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA
DE LA 2.^a EDICIÓN FRANCESA
POR
M. C. G.

(Continuación)

28 Febrero.

Todos hemos rendido tributo á los rigores del invierno. Reina la *grippe*, y nos contamos entre sus innumerables víctimas. Carlos, que fué el primer atacado, nos causó grandes inquietudes. Al reuma que habitualmente sufre, se ha añadido una enfermedad de pecho, que me inspira serios temores; el doctor manda cuidarlo con la más exquisita solitud. Ha debido guardar cama más de quince días.

Luis llegó una tarde del colegio con mucha temperatura y una tos seca que me alarmó: las madres siempre tememos lo peor. Mis hijos se han librado del *crup*, pero creí á mi primogénito víctima de anginas. Gracias á Dios, la enfermedad quedó reducida á la *grippe*. Cuidaba, pues, á la vez á ambos queridos enfermos, y cuando desapareció el peligro me sentía feliz entre ellos.

Pero en aquel cielo azul pronto surgieron nubes. Carlos se empeñaba en que Luis trabajara para que no perdiese por completo tantas semanas de curso. Hasta entonces siempre Luis había sido sumiso y respetuoso. Desde su ingreso en el Instituto se habían ofrecido ocasiones rarísimas de deber imponerle nuestra voluntad, y no pudimos observar el cambio que en él se efectuaba. Sin embargo, ya me habían sorprendido desagradablemente ciertas maneras bruscas. Aquellos días de trato constante nos permitieron juzgar mejor su carácter. Repetidas veces desobedeció á su padre, le replicó con viveza, casi le faltó al respeto. Carlos se enojaba. Y Luis sólo cedía en último extremo, y al parecer al menos no se arrepentía de su conducta.

Es evidente que mi pobre hijo ha perdido mucho, en vez de ganar como debía. Su padre se muestra sorprendido, descontento. Trata á su hijo con frialdad. Luis es

culpable, ¿pero es acaso el único culpable? ¿No debo mejor compadecerle que castigarle? Antes, cuando comecía alguna de estas faltitas tan frecuentes en su edad, al ver que nos apenaba, se arrepentía y no recobraba la paz hasta haber sido *perdonado*, como solía decir él en su lenguaje vivo y gracioso. Hoy no parece ni sorprendido ni apenado por los justos reproches de su padre. Esta mañana he hablado con él y procurado en vano que vertiera lágrimas de arrepentimiento; he debido hacer esfuerzos indecibles para resolverle á decir á Carlos que lamentaba las respuestas irrespetuosas, y que prometía no reincidir.

—Si no cambias, querido, le ha dicho su padre abrazándolo, me obligarás á encerrarte interno en el Instituto.

Luis se ha callado.

Con seguridad que no sería este el medio para hacerle mejor; Carlos se obstina en no ver, cierra los ojos á la verdad y le vuelve la espalda.

2 Abril.

Luis ha reanudado sus estudios. Mi marido sus quehaceres habituales. Sola yo, atacada la última de la *grippe*, continúo prisionera. Aprovecho las horas para lecturas piadosas. Hoy, en una obra de Dupanloup, que me encanta, he leído el siguiente retrato del joven cristiano. ¡Quisiera Dios fuese el de mi hijo!

«Si hay en la tierra cosa hermosa, amable, celestial, es el joven inocente. Un corazón, un alma que el mal no ha logrado tiznar, que lo desconoce ó que ha sabido luchar contra él y vencerlo; un alma ingenua, cándida, virginal, que ha conservado el encanto del nacer, su juventud, su perfume. ¿Quién ponderará como se merece sus atractivos, sus gracias, nobleza, dignidad y honor? ¡Alegra, regala encantos de felicidad encontrar en la tierra una de estas almas, admirarla y amarla! Se la advina, se la distingue entre mil por no sé qué distintivo sobrehumano; de su rostro puro y dulce irradian destellos hijos de la virtud atesorada. Viendo la inmaculada candidez de sus ojos, la inocencia de su frente, la amabilidad de su expresión, se admira y se goza. Esta alma conserva no sólo su gracia, sino también su primitiva savia, su ardor, su vigor, sus entusiasmos. Pues nada la deshojó, guarda intactas todas sus cualidades: la vida corre en ella potente en su abundancia primitiva, sus facultades vírgenes conservan todos sus tesoros y rica energía, y á la gracia y á la fuerza primitivas debe añadirse la primitiva ternura; cuanto la conmoviera, enfriara ó extinguiera su llama; pero no habiendo sufrido el soplo del vicio, esta llama pura, la llama de las afectaciones buenas y santas, que el mismo Dios alumbrara en ella, se conserva intacta como en el corazón de un santuario.»

20 Abril.

Vacaciones de Pascua: Temperatura plácida y agradable; sol casi de verano. ¡Qué encantadora es la primavera! El aire puro, la calma perfecta; murieron los fríos y nació el cielo azul; ella, la primavera, será el mejor re-

medio á mi hermana que acaba de llegar. La he encontrado muy débil y pálida. Afirma que está del todo bien y no admite cuidados. Además está contentísima por la no ya mejora, sino restablecimiento completo de su hijo José. En las mejillas de éste han renacido los perdidos colores, en su ánimo la alegría, y ha vuelto á sus juegos y reanudado sus estudios. Pretende ganar el tiempo perdido y aspira á ingresar en *Saint-Cyr*. Afirma sentir vocación irresistible á la milicia. Más si cabe que el restablecimiento de José, me ha sorprendido el cambio de Marcelo. Es más amable, más quieto, más obediente. Dijérase que ha ganado lo que ha perdido Luis. Mi hermana ha observado ya el cambio que lloro, y lamenta conmigo que no sean consoladoras realidades las esperanzas que el último verano acariciábamos. Culpa como yo el sistema de educación. Carlos no es ciego. Compara sus sobrinos á su hijo, pero ni la evidencia del mal logra mudar sus resoluciones.

27 Abril.

Cuéntase entre nuestros vecinos una excelente familia que vive en el campo todo el año. La Sra. de B... envió á los veintinueve años y se consagró por completo á la educación de sus cuatro hijos. Uno de ellos es en la actualidad capitán, el segundo acaba de ingresar en la escuela politécnica. Ella vive con sus hijas. Eugenia, la mayor, de dieciocho años, y la segunda, la amable y tímida Clotilde, que aún no ha cumplido dieciséis.

(Continuará).



LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S.	5 Ptas.
Mazarrón.—D. Ginés Morales.	25 »
Rápita.—D. José Cendrós, Pbro.	5 »
Ronda.—M. S.	10 »

TOTAL recaudado durante este segundo trimestre y que va á ser enviado al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe. **Ptas.: 454'75**

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona